

D. JOSÉ JOAQUÍN DE PESADO.

---

MI AMADA EN LA MISA DE ALBA.

*Et vera incensu patuit Dea.*

VIRGILIO.

I.

Puras estrellas del cielo,  
Que en la noche tenebrosa  
Vais derramando en el suelo,  
Con vuestra luz misteriosa,  
La claridad y el consuelo,  
¡Qué de veces habéis dado  
Motivos al pecho mío  
Para revelar osado  
El objeto de un cuidado  
Que al mudo silencio fio!  
Sublime objeto de amor,  
Que la borrasca en bonanza  
Convierte con su esplendor,  
Y levanta mi esperanza  
Á otro mundo superior.  
Objeto que en sí contiene  
El fuego con que me inflama,  
Y en mis entrañas mantiene,  
Con su vivífica llama,  
El culto puro que tiene.



Cuando apagada la edad  
Toque con débil barquilla  
El mar de la eternidad,  
Yo saludaré en la orilla  
El rayo de su beldad.

Tras una nube ligera  
Muestra la noche sus galas:  
¡Oh, cielos, y quién me diera  
Ceñir de fuego unas alas  
Para volar á su esfera!

Yo sé que sobre esa altura  
Es el amor más perfecto,  
Es sin ficción la ternura,  
Más inocente el afecto,  
Y eterna la paz y holgura.

Unido á la amada mía,  
Visitara esas regiones  
Donde siempre mora el día,  
Bañados los corazones  
De purísima alegría.

¡Oh estrellas! Si acaso es cierto  
Que la mano que os produjo  
En el espacio desierto  
Os dió soberano influjo  
Sobre este planeta yerto,

Haced que el benigno sino  
Que me tocó en nacimiento  
Me una á este objeto divino,  
Y tenga en mí cumplimiento  
El decreto del destino.

II.

¡Oh, tú, que de los cielos producida  
Destierras de mi seno la amargura,  
Y el desabrido cáliz de mi vida  
Conviertes en dulzura!

Astro glorioso, que á mi mente envía  
La inspiración de un puro sentimiento:  
Imagen cara á la memoria mía,  
Alma del pensamiento.

Modesta virgen, cuyas formas bellas  
El cielo admira, el universo adora,  
En cuyos ojos brillan las estrellas,  
Y en tu frente la aurora.

Bajo el abrigo de la noche umbría  
Presente estoy (disculpa mis arrosos)  
Para gozar del alba antes del día,  
En tus risueños ojos.

Gratas son las esferas estrelladas,  
Grato en la noche el soplo de la brisa,  
Pero más tus dulcísimas miradas  
Y tu hechicera risa.

No dejes á tu amante que suspire  
Separado del bien que sólo quiere:  
Permite, ídolo mío, que te mire,  
Y humilde te venera.

Del lecho donde duermes te levanta,  
Y á tu ventana sal, linda doncella:  
Á darte la alborada se adelanta  
Mi tímida querella.

III.

El lucero matutino  
Coronaba el horizonte,  
Y de la aurora vecina  
Despuntaban los albores.

Las ponderosas campanas  
En las elevadas torres,  
Anuncian que viene el día  
Con repetidos clamores.

Á misa salió mi amada  
De sus umbrales entonces,



Como la mañana bella  
Y fresca como las flores.

La modestia y el recato  
La van siguiendo conformes,  
Dos iris lleva en sus cejas,  
Y en sus mejillas dos soles.

Doquier que vuelve la vista  
Hace que encendidos broten  
De sus miradas deseos,  
Y de sus labios, olores.

Un viento ligero y suave  
Atrevido descompone  
De sus profusos cabellos  
Los rizos puestos en orden.

Con las manos los sujeta,  
Dando á sus miradas nobles  
Tal expresión de dulzura,  
Que conmoviera los bronce.

Toma el camino del templo,  
Diversas calles traspone,  
Pisa las gradas ligera,  
Y bajo el pórtico entróse.

Como exhalación ardiente  
Que las densas nieblas rompe,  
Y alumbra por un momento  
El aire, el mar y los montes;

Así se mostró en su curso  
Esta aparición veloce:  
Á sus luces repentinas  
Desapareció la noche.

Camino tras sus pisadas  
Y llevo á la iglesia, donde  
Arrodillada la miro  
En el pavimento, inmóvil.

Los ojos levanta al cielo,  
Luego en el suelo los pone,  
Y en su semblante reflejan  
Las llamas de los blandones.

IV.

Cuando en el templo postrada  
Estás ante el Ser inmenso  
Entre una nube de incienso,  
Símbolo de la oración,  
Me parece que eres ángel  
Que al trono de Dios asiste,  
Y que por el hombre triste  
Intercedes con fervor.

La cándida vestidura  
Ciñes tú de la inocencia,  
Y brilla la inteligencia  
En tu frente virginal.  
En tu corazón se ocultan  
De amor los puros afectos,  
Y en tu mente los conceptos  
De la ciencia celestial.

¡Oh cuánto respeto imprimes!  
¡Eres bella, ingenua, pura,  
Y reinas en una altura  
Harto superior á mí!  
Moradora del empíreo  
(No sé yo cómo te nombre),  
¿Quién es el hijo del hombre  
Digno de llegar á ti?

Con esas formas divinas,  
Que acá en la tierra demuestras,  
Das al que te mira muestras  
De la hermosura eternal:  
Ya sé lo que vale el alma  
Que mis sentidos anima,  
Pues que conoce y estima  
El precio de tu beldad.

Si gentil hubieras sido,  
Altars te levantara,  
La rodilla te doblara,



Y fueras mi diosa tú:  
Incienso y flores rendido  
Tributara á tu belleza,  
Emblemas de tu pureza,  
Y tu fragante virtud.

Hoy eres á estos mis ojos  
Imagen por excelencia  
De la suma inteligencia,  
Pues que cristiano nací:  
Espíritu que me guía  
En los caminos del mundo,  
Y en el piélago profundo  
Norte fijo para mí.

¿Qué fuera del globo triste,  
De espanto y de sombras lleno,  
Si no brillara en su seno  
Tu rayo consolador?  
Tú disipas los temores,  
Todo el universo alegras  
Y haces sus moradas negras  
Pensil donde reina amor.

V.

¡Cuándo verán mis ojos aquel día  
En que, dueño feliz de tu hermosura,  
Ni el rigor tema de la suerte impía,  
Ni que vuele cual sombra mi ventura!  
De inmarcesibles rosas coronado,  
Bajo las alas del amor propicio,  
Disfrutaré en tu seno reclinado  
De todos los tesoros que codicio.

ESCENAS DEL CAMPO Y DE LA ALDEA EN MEJICO.

LA SALIDA AL CAMPO.

¿Cómo ocultarte pudieras  
De mi vista enamorada,

Si lo que encubren tus ropas  
Tu belleza lo declara?  
¿Pudiera no conocerte?  
¿Cuándo un amante se engaña?  
En mí con rasgos de fuego  
Vives, Elisa, grabada.

Dejaste el traje de seda  
Ornado de punto y gasas,  
Y tomaste otro vestido  
Sin la pompa cortesana.

Sabe que en oficios rudos  
También el Amor se agrada,  
Y bajo paños humildes  
Sus tiernas formas disfrazada.

¡Qué gallarda te presentas,  
Hermosísima aldeana!  
¡Qué bien cogido el cabello  
Trenzado en torno con gracia!

Las florecillas silvestres  
Que en él entretejes y atas,  
Se muestran envanecidas  
De verse allí colocadas;

Y el rebozo que á tus hombros  
Luce con labores varias,  
Contrasta con el vestido  
Simple y desnudo de galas.

Vencen en precio y estima  
Á las margaritas raras,  
Los abalorios que llevas  
Á la cándida garganta.

Y la cadena que el pecho  
Con dobles vueltas te enlaza,  
Es muestra de la que liga  
Á tu voluntad las almas.

Nunca en sus amenas sombras  
Miraron las selvas altas  
Prodigio que así pudiese  
Ser de adoraciones causa.

Ni aun al paganismo ciego,



La cazadora Diana  
Se representó tan bella  
Por los bosques y montañas.  
La pobre choza que habitas  
Es ya gloriosa morada,  
Donde la hermosura reina  
Con nuevos triunfos y palmas.  
Mudos y en silencio miran  
Tu belleza soberana  
Los labradores con gozo,  
Con turbación las serranas.  
Tú de la ciudad trajiste  
El Amor á las cabañas.  
¡Cuántos afectos se ocultan  
Bajo sus techos de paja!  
¡Cuántos tímidos suspiros!  
¡Cuántas amorosas ansias  
En estos sitios perturban  
La antigua paz que gozaban!  
Las quejas de los amores  
Y la voz de la alabanza,  
Entre los bosques resuenan  
Y en las cimas escarpadas.  
Vamos á la fuente, Elisa,  
Oye en las floridas ramas  
Las aves, que en sus gorjeos  
Deidad del campo te llaman.  
Oye cómo tierna arrulla  
La tórtola solitaria,  
Que del ausente consorte  
Lamenta ya la tardanza.  
Aman las floridas hiedras,  
Y á los árboles se abrazan,  
Aman las parleras fuentes,  
Y hasta los peñascos aman.  
¡Qué mucho si cuanto miras  
En vivas llamas abrasas!  
¡Hechizo de estas riberas!  
¡Incendio de estas comarcas!

Disfruta de los placeres  
Con que brinda la campaña,  
Y mientras dure la siesta  
Goza las templadas auras.  
El césped te ofrece asiento,  
Sombra la verde enramada,  
Fragante aroma las flores,  
Y su frescura las aguas.

LA LID DE GALLOS.

Del pueblo en la opuesta parte  
Tosco palenque aparece,  
Cercado en torno con arte,  
Que lid de gallos ofrece  
Al vulgo, que á verle parte.  
Y al punto que con presura  
La circunferencia llena,  
Saltan, llenos de bravura,  
Iguales en apostura  
Dos gallos sobre la arena.  
Los cuellos tornasolados  
Con erizado plumero,  
Los penachos inflamados,  
Los ojos de fuego hinchados,  
Los pies armados de acero.  
En torno primero giran  
Bizarros, luego delante  
El uno al otro, se miran;  
Y con ojo centellante  
Se acercan ó se retiran.  
Hasta que en un punto, luego,  
Arrebatados de ciego  
Enojo, parten furiosos,  
Como centellas de fuego  
En nublados tempestosos.  
Se acometen denodados,  
Se atacan enfurecidos,



Cada vez más alentados,  
Los pechos todos heridos,  
Los flancos despedazados.

Cuando en el choque se allegan  
Violentos, con iras sumas,  
Cuando á la muerte se entregan,  
El suelo de sangre riegan,  
El aire llenan de plumas.

Vence á su rival odiado  
El que fortuna prefiere;  
En el polvo derribado  
Queda aquél; éste á su lado  
Canta la victoria y muere.

El concurso, á la armonía  
De la música sonora,  
Rompe en vivas de alegría,  
Renovando hora por hora  
Los combates de aquel día.

De estas sangrientas escenas  
La vista á Elisa no agrada,  
Que son de su gusto ajenas,  
Y por las huertas amenas  
Sola y divertida vaga.

EL MERCADO.

La lumbre del sol hermosa  
Deja el imperio del cielo  
Á la sombra temerosa,  
Pero la noche amorosa  
Tiende su estrellado velo.

Muestra apenas su camino  
La nueva luna en la esfera:  
El lucero vespertino,  
Sobre el alta cordillera,  
Lanza su rayo divino.

Dibujan las llamas puras  
De encendidas luminarias,

Entre las sombras oscuras,  
En bien marcadas figuras  
Del pueblo las calles varias.

Las que desde el monte vistas  
Por sorprendido viajero,  
Forman á sus ojos listas  
De trémulo reverbero  
Y de fantásticas vistas.

Mientras el templo sagrado  
Lleno de piadosa gente,  
Brilla, de luz inundado,  
Con las antorchas fulgente,  
Con incienso perfumado;

Mientras el acorde coro  
Hace que su voz concuerde  
Con el órgano sonoro,  
Y ora su acento se pierde,  
Ora domina, canoro.

La multitud se derrama  
Y á opuestos puntos camina,  
Donde el placer la reclama,  
Ó la novedad la llama  
En cada calle y esquina.

En puestos y aparadores,  
Y de la plaza en las fuentes,  
Brillan vasos de colores  
Y botellas transparentes  
Con embriagantes licores.

Junto al barnizado tarro  
Que guarda dulce conserva,  
Brilla un búcaro bizarro:  
Agua helada, que reserva  
El grato olor de su barro.

Vense en formas desiguales,  
De azúcar cándida y leve,  
Los esponjosos panales,  
Y en porcelana y cristales  
Los blancos grumos de nieve.

Acá en hileras tendidas



Están en limpias esteras  
Naranjas de oro encendidas,  
Limas cual cera, y teñidas  
De vivo carmín las peras.

Allá, como la esmeralda,  
Los limones aparecen,  
Las manzanas como gualda,  
Las fresas, que tiernas crecen,  
Del monte en la húmeda falda.

También la encarnada guinda,  
La nuez de dura cubierta,  
La fruta del moral linda,  
Y la granada que, abierta,  
Todos sus tesoros brinda.

En fin, á los ojos lucen  
Cuantos de aquellos confines,  
Los huertos frutos producen,  
Y las flores, que relucen  
En sus cerrados jardines.

Donde rosas y azahares  
De aromas forman corrientes,  
Y disipan los pesares  
Las aves con sus cantares,  
Con su murmullo las fuentes.

LA SERENATA.

Sobre los mares de Oriente  
Los dos gemelos hermosos  
Alzan la estrellada frente,  
Y por los bosques frondosos  
Vaga templado el ambiente.  
Junto al redondo vallado  
De césped compuesto y piedras,  
De altos cedros coronado,  
Donde forman enrejado  
Los laureles y las hiedras;  
En cuyo fértil asiento

La fuente que lo acompaña  
Tiene alegre nacimiento,  
Y la sencilla cabaña  
Halló fácil fundamento;

En cuyo verde recinto  
Las corrientes y las flores  
Hacen grato laberinto,  
Derramando sus olores  
La mosqueta y el jacinto;

Allí la ilustre belleza  
De Elisa reside y mora,  
Y allí la naturaleza  
De las gracias que atesora  
Hace muestra con largueza.

En silencio y alto olvido  
El orbe todo descansa,  
Y mi dulce bien, dormido  
Al soplo del aura mansa,  
Reposa en lecho florido.

En su corazón, el sueño  
De envidia exento y de agravios,  
Infunde dulce beleño,  
Y con el dedo en los labios  
La vela el Amor risueño.

Un pecho que la adoraba  
Rompió el silencio á deshora,  
Y así esta letra cantaba,  
Que su pasión declaraba  
Al son de un arpa sonora:

¡Oh, tú, que duermes en casto lecho,  
De sinsabores ajeno el pecho,  
Y á los encantos de la hermosura,  
Unes las gracias del corazón,  
Deja el descanso, doncella pura,  
Y oye los ecos de mi canción!  
¿Quién en la tierra la dicha alcanza?  
Iba mi vida sin esperanza,  
Cual nave errante sin ver su estrella,